

EMMA GOLDMAN: LA MUJER Y LA PALABRA

Éstas son las huellas de una mujer que pisó fuerte, que vivió su vida con altibajos, con sus alegrías y tristezas, y que al hacer el recuento, afirmaba tener la sensación de haberse bebido la copa hasta el último trago¹. Emma Goldman (1869-1940) nació en la Rusia del Zar Alejandro II, concretamente en la ciudad de Kauna, actual Lituania. Su familia era judía, y debido al ambiente hostil en el que vivían por aquel entonces los miembros de esa comunidad, todos sus parientes fueron decidiendo gradualmente emigrar al que por aquel entonces se presentaba como el país de los sueños: los Estados Unidos de América. Emma fue de las primeras en llegar, instalándose junto a sus dos hermanas mayores en la ciudad de Rochester, en 1885.

Sin embargo, el momento que elige para comenzar su autobiografía es el de su llegada posterior a la ciudad de Nueva York, completamente sola, dejando atrás a su familia y un matrimonio fracasado. Fue el 15 de agosto de 1889, y todas sus posesiones eran una pequeña maleta, una máquina de coser, cinco dólares y unas cuantas direcciones². Pero la joven también portaba consigo un apasionado ideal, el anarquismo, del que había oído hablar en mítines organizados en las fábricas en las que había trabajado en Rochester, convirtiéndose definitivamente a la causa tras los incidentes en la plaza de Haymarket (Chicago) en 1886, que terminaron en la detención y posterior condena a muerte de cinco anarquistas.

Uno de los principales objetivos de Emma Goldman al llegar a Nueva York era entrar en contacto con los círculos anarquistas de la ciudad, cuyo líder más popular en aquel entonces era Johann Most³. La suerte quiso que, la misma noche

¹ Emma Goldman publicó su autobiografía, *Living My Life*, en 1931. Lo que ofrecemos es una paráfrasis de las últimas palabras del texto (Nueva York, Dover, 1970, p. 993). En 1995 fue publicada una versión en castellano de dicha obra, bajo el título de *Viviendo mi vida* (Trad. A. Ruiz Cabezas, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo).

² E. GOLDMAN, *Living My Life*, p. 3.

³ De origen bávaro, Johann Most (1804-1906) fue expulsado tanto de Alemania como de Austria por sus ideas socialistas. En 1879 fundó el periódico *Die Freiheit* en Londres. Se fue alejando de la socialdemocracia debido a su cada vez más apasionada defensa de la violencia, acercándose a las ideas anarquistas. En 1882 emigró a los Estados Unidos, donde se convirtió en el orador anarquista



de su llegada, la joven tuviera la oportunidad de asistir a una charla de Most, acompañada por un hombre al que había conocido ese mismo día y que se convertiría desde ese momento en su inseparable compañero: Alexander Berkman⁴. Él fue quien presentó a Goldman y Most, y éste pronto se convirtió en una especie de guía espiritual y político para la muchacha. De hecho, fue Most quien la convenció de su gran capacidad para la oratoria, animándola a comenzar su carrera en la vida política. Su relación se rompería definitivamente años más tarde, debido a una combinación de motivos personales y diferencias en los planteamientos políticos de ambos, a medida que Goldman se iba acercando a las teorías más constructivas y conciliadoras propuestas por su compatriota Piotr Kropotkin.

Mientras tanto, la relación entre Goldman y Berkman continuaba afianzándose, alcanzando su momento culminante en 1892, cuando entre ambos planearon el atentado contra la vida de Henry Clay Frick, el director general de la Carnegie Steel Company en Homestead, Pennsylvania. Berkman, encargado de ser el autor material, no consiguió acabar con la vida de Frick, pero pagó su acción con catorce años de prisión. A raíz de su participación en el atentado, que nunca pudo ser probada, Emma Goldman comenzó a convertirse en la figura pública que ha llegado a ser en nuestros días. Tras algunos meses de persecución policial y de ser condenada al ostracismo por parte de la prensa, la sociedad y hasta por muchas camaradas anarquistas, su actividad política comenzó a adquirir un ritmo trepidante. Goldman viajaba por todo el país dando charlas a favor de los trabajadores explotados y de los desempleados, defendiendo el amor libre, los derechos de la mujer y de los homosexuales o el control de la natalidad, rechazando el militarismo y el patriotismo, las instituciones sociales y religiosas, etc.; difundiendo, en fin, su particular visión de la filosofía anarquista. Esta mujer, que parecía no detenerse ante nada, tuvo sin embargo que pasar algunas temporadas en prisión por opinar tan libremente, por defender su derecho a la libertad de expresión, por rechazar abiertamente el poder en cualquiera de sus formas.

En 1906 vio la luz la primera edición de *Mother Earth*, publicación anarquista de la que Goldman fue editora hasta 1918, en que fue definitivamente cerrada por orden gubernamental. La revista publicaba artículos, entre otros temas, sobre anarquismo, política internacional, literatura o feminismo, y se convirtió en uno de los referentes del mundo intelectual y de izquierdas estadounidense de principios del siglo XX. Para Goldman era la plataforma perfecta desde la cual podía continuar con su labor de difundir el ideal anarquista en su país adoptivo, aunque

más popular de esa época, al tiempo que seguía publicando *Die Freiheit*. En 1885 publicó el panfleto *The Science of Revolutionary Warfare*, en el que hacía apología de la violencia.

⁴ Alexander Berkman nació en Rusia en 1870 y, como Goldman, era de origen judío. Emigró a los Estados Unidos en febrero de 1888, donde pronto se unió a los grupos anarquistas de Nueva York. Su vida está profundamente ligada a la de Goldman, y aunque durante los primeros años ambos mantuvieron una relación sentimental, su amistad y camaradería no se vio alterada por la ruptura de la misma.

combinaba las labores de edición de la revista con sus frecuentes giras a lo largo y ancho del país. Ya en 1911, y como resultado de su experiencia editorial, se decidió a compilar algunas de las charlas y artículos en un volumen de ensayos que tituló *Anarchism and Other Essays*.

A partir de abril de 1917, cuando el presidente Woodrow Wilson anunció en el Congreso la entrada de su país en la Primera Guerra Mundial, las vidas de Emma Goldman y Alexander Berkman comenzarían a dar un giro definitivo. Junto con otros activistas políticos, organizaron una plataforma que se oponía al reclutamiento obligatorio de soldados, siendo ése el principio del fin de su estancia en los Estados Unidos. En junio de ese mismo año ambos fueron detenidos, acusados de violar la ley de reclutamiento obligatorio; las oficinas de *Mother Earth* fueron saqueadas por la policía, y el gobierno requisó en ellas buena parte de la información sobre activistas de izquierdas que sería utilizada dos años más tarde en la caza de brujas, conocida como *Red Scare*, que vivió el país. Tras la detención de ambos anarquistas comenzó un complicado entresijo judicial que tenía como fin último conseguir su deportación de los Estados Unidos. Fueron juzgados, declarados culpables, y condenados a la pena máxima de dos años de cárcel y multa de diez mil dólares; el juez también sugirió que debían ser deportados del país tras haber cumplido la condena. A partir de ese momento, el gobierno puso su mayor empeño en lograr la justificación legal de esa deportación, en intentar que siguieran encarcelados y en impedir que *Mother Earth* continuara circulando. Finalmente, fueron expulsados el 21 de diciembre de 1919 en un barco que los llevó hasta Finlandia, desde donde fueron posteriormente trasladados a su país natal, la Rusia que ya en ese momento era bolchevique. Entraron en el país que les vio nacer ilusionados y expectantes por ver los cambios producidos tras la revolución, pero no tardaron mucho en comenzar a sentir lo que Goldman denominaría más tarde como «desilusión». La anarquista recogería posteriormente en un libro la penosa situación en la que encontraron a la mayor parte del pueblo ruso, las desigualdades entre los gobernantes y la población, o las represiones y persecuciones a los que se atrevían a criticar al régimen (entre ellos muchos anarquistas). El título del libro es *My Disillusionment in Russia*⁵, y fue publicado en 1922, una vez que ella y Berkman hubieron salido definitivamente del país, dos años después de su llegada.

La etapa que siguió a ese capítulo de sus vidas se convirtió en un largo y definitivo periplo en el exilio. Estuvieron en Suecia, en Alemania y en Gran Bretaña, esquivando los usuales problemas para obtener permisos de residencia. Finalmente, ambos decidieron instalarse en Francia, aunque en casas separadas; Emma eligió una casita en Saint Tropez, desde donde redactó su autobiografía entre 1928 y 1930 con la ayuda de Berkman. Sin embargo, en junio de 1936 Alexander Berkman decidió acabar con su vida tras una larga lucha contra un cáncer de próstata; la muerte del que fuera su casi inseparable compañero supuso un duro golpe para Goldman, quien

⁵ E. GOLDMAN, *My Disillusionment in Russia*. Gloucester, Peter Smith, 1983 (1ª ed. 1922).



vino a encontrar algo de consuelo meses más tarde al involucrarse nuevamente en asuntos políticos. Ocurrió cuando los anarquistas españoles de la CNT-FAI le pidieron que colaborara con la causa republicana en la guerra que acababa de comenzar en su país. Goldman visitó España tres veces durante el conflicto, ayudó a organizar las oficinas de propaganda en Londres y escribió numerosos artículos defendiendo a sus camaradas españoles. Pero, como es sabido, se encontraba en el bando de los perdedores, y en 1939 su desilusión fue mayor, si cabe, de la que sintió tras su experiencia en la Rusia revolucionaria. En abril de ese año, tres meses después de que la República española fuera disuelta, Goldman abandonaba Europa rumbo a Canadá. No sabía la ya anciana anarquista que ésa sería su última travesía entre los dos continentes: al poco de llegar a Toronto sufrió una apoplejía que la condujo a la muerte el 14 de mayo de 1940. Cuatro días más tarde su cuerpo, ya sin vida, volvió a entrar en el país al que le había sido prohibido el acceso y el que sin embargo ella consideraba su verdadero hogar. Fue enterrada en el cementerio Waldheim de Chicago, donde también están enterrados los anarquistas de Haymarket.

Con respecto a los fragmentos seleccionados, he de indicar que todos pertenecen al libro que Emma Goldman publicó en 1911, *Anarchism and Other Essays*⁶. Siguiendo las indicaciones de la autora en el prefacio, no me extenderé en hacer comentarios sobre los diferentes ensayos: dejaremos que el libro hable por sí solo. Sin embargo, he de aclarar que no se ha incluido ningún fragmento de dos ensayos publicados en el volumen: uno en el que Goldman hace un sentido homenaje a Francisco Ferrer, el pedagogo y libertario catalán que fue fusilado en Barcelona en 1909 por motivos políticos, y otro en el que hace un repaso de los principales dramaturgos de su época, resaltando la importancia del teatro para divulgar el pensamiento revolucionario. A pesar de su indiscutible interés, ninguno de esos ensayos aporta algo nuevo en cuanto al pensamiento político de Goldman, motivo por el cual he decidido no incluirlos en esta selección. Los ensayos que sí se han incluido son, en mi opinión, un excelente ejemplo y resumen de lo que fueron las mayores preocupaciones políticas de Emma Goldman: su particular interpretación del anarquismo y del uso de la violencia, su rechazo a las instituciones religiosas y políticas, al patriotismo o al militarismo y, por encima de todo, su especial interés en los asuntos que tenían que ver con la condición de las mujeres en su sociedad. Cinco son los ensayos que Goldman dedica específicamente a ese tema en su libro y, como se podrá observar, algunas de sus posturas diferían de las defendidas por la gran mayoría de las feministas de su época; esto se puede entender si se considera que Goldman simplemente anteponía sus principios anarquistas en asuntos incuestionables dentro de esa filosofía como, por ejemplo, el del sufragio⁷.

⁶ E. GOLDMAN, *Anarchism and Other Essays*. Nueva York, Dover, 1969 (1ª ed. 1911). No existe una versión en castellano de dicho libro, por lo que yo misma he traducido los fragmentos seleccionados. Cualquier posible error o confusión será, pues, asumido por quien esto escribe.

⁷ Alix Kates Shulman, reflexionando sobre tan controvertido asunto en la carrera política de Goldman, afirma que ésta era feminista sin lugar a dudas, y al compararla con otras feministas del

La mayor parte de sus biógrafos⁸ afirman que Emma Goldman fue, ante todo, una gran oradora, y es por ese motivo que he traducido algunos fragmentos del prefacio donde la autora reconoce haber cambiado de opinión acerca del poder de la palabra hablada. A pesar de ese comentario, y reflexionando sobre su trayectoria política, resulta difícil entender qué hubiera sido de la misma si Goldman no se hubiera ganado la admiración —o el desprecio— de sus contemporáneos en sus innumerables charlas por los Estados Unidos. De hecho, opino que el estilo que impregna los ensayos incluidos en esta selección es principalmente el de la oratoria. En cualquier caso, las palabras de Emma Goldman han llegado a nuestros días por el medio que ella defiende en el prefacio, la palabra escrita, y podemos sentirnos afortunados de poder leer, en el siglo XXI, palabras que aún parecen estar cargadas de significado. Palabras que defienden la libertad de expresión o la liberación de hombres y mujeres de cualquier tipo de tiranía, que defienden ante todo la dignidad humana, y que nos pueden llevar a creer, aunque sólo sea por un instante, que un mundo más justo es todavía posible.

SELECCIÓN DE TEXTOS

PREFACIO

Hace veintiún años que escuché hablar al primer gran orador anarquista —el inimitable John Most—. En aquel momento, y durante muchos años después, yo creía que la palabra hablada, lanzada sobre las masas con tan maravillosa elocuencia, con tanto entusiasmo y ardor, no podría ser borrada jamás de la mente y el alma humana. ¡Era imposible que nadie, de entre las multitudes que se congregaban en los mítines de Most, quedara indiferente ante su voz profética! ¡No tendrían más que escucharlo para deshacerse de sus viejas creencias y percibir la verdad y la belleza del Anarquismo!

Mi único y gran anhelo entonces era llegar a poder hablar como John Most —llegar a las masas como él lo hacía—. ¡Oh, ésa es la ingenuidad del entusiasmo de la Juventud! [...].

momento apunta que la diferencia con sus contemporáneas, quienes la llegaron a acusar de defender los intereses de los hombres, es que ella era una de las feministas más radicales de su época (A.K. SHULMAN, *To the Barricades: The Anarchist Life of Emma Goldman*. Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1971, p. 32).

⁸ De entre las biografías de Emma Goldman podríamos destacar la de R. DRINNON, *Rebel in Paradise: A Biography of Emma Goldman* (Chicago, Chicago University Press, 1969) y las de A. WEXLER, *Emma Goldman in America* (Boston, Beacon, 1984) y *Emma Goldman in Exile: From the Russian Revolution to the American Civil War* (Boston, Beacon, 1989). Existe una biografía publicada en castellano, escrita por J. PEIRATS, *Emma Goldman: anarquista de ambos mundos* (Madrid, Campo Abierto, 1978), que se centra fundamentalmente en los años en que la anarquista participó en la Guerra Civil española.





Pero mi gran fe en esa obrera milagrosa, la palabra hablada, se ha desvanecido. Me he dado cuenta de su incapacidad para despertar el pensamiento, o incluso la emoción. Gradualmente, y tras una dura lucha contra ese descubrimiento, he ido observando que la propaganda oral es, en el mejor de los casos, un medio para despertar a la gente de su letargo: pero no deja ninguna marca duradera. El mero hecho de que la mayor parte de la gente acude a los mítines sólo si es empujada por los periódicos sensacionalistas o porque espera encontrar entretenimiento es la prueba de que realmente no tiene ningún deseo interior de aprender.

Ocurre algo completamente diferente con la forma escrita de expresión humana. Nadie, a menos que esté absolutamente interesado en las ideas progresistas, se preocupa por leer libros serios. Eso me lleva a comentar otro descubrimiento alcanzado tras muchos años de actividad pública. Es el siguiente: a pesar de las muchas pretensiones de la educación, el alumno sólo acepta aquello que su mente desea ardientemente. Esta observación sobre las mentes inmaduras ya es reconocida por la mayor parte de los educadores modernos, y yo creo que también es verdad en lo que respecta a los adultos. Los anarquistas o los revolucionarios no se hacen fácilmente, como los músicos. Lo más que se puede hacer es plantar las semillas del pensamiento. El hecho de que crezca algo fuerte dependerá en gran parte de la fertilidad de la tierra humana, aunque no deberíamos pasar por alto la calidad de la semilla intelectual.

En los mítines la audiencia se distrae por un millar de elementos innecesarios. El orador, por muy elocuente que sea, no puede controlar la agitación de la multitud, con el resultado inevitable de que no consigue que sus ideas arraiguen en la audiencia. Con toda probabilidad ni siquiera quedará bien ante sí mismo.

La relación entre el escritor y el lector es más íntima. Ciertamente los libros no son sino lo que nosotros queremos que sean; más bien lo que leemos en ellos. El hecho de que podamos hacerlo demuestra la importancia de la expresión escrita frente a la oral. Es esta certeza la que me ha llevado a recopilar en un volumen mis ideas sobre varios temas de importancia individual y social. Representan las batallas mentales y anímicas de veintidós años —las conclusiones alcanzadas tras muchos cambios y revisiones internas.

No soy lo suficientemente optimista para esperar que mis lectores sean tan numerosos como las personas que me han escuchado. Pero prefiero llegar a los pocos que realmente quieren aprender, antes que a los muchos que sólo buscan entretenimiento.

En cuanto al libro, creo que debe hablar por sí solo. Si incluyera notas aclaratorias éstas tan sólo deslucirían las ideas expuestas. [...].

EL ANARQUISMO: LO QUE REALMENTE SIGNIFICA

[...] El anarquismo es la única filosofía que ofrece al hombre conciencia de sí mismo; que sostiene que Dios, el Estado y la sociedad no existen, y que sus promesas son nulas y no tienen valor, ya que sólo pueden ser cumplidas a través de la subordinación de los hombres. El anarquismo es por tanto el maestro de la uni-

dad de la vida; y no sólo en la naturaleza, sino también en el hombre. El conflicto que existe entre el individuo y los instintos sociales no es más que el que existe entre el corazón y los pulmones: el primero es el receptáculo de la preciosa esencia de la vida; los segundos el almacén del elemento que mantiene esa esencia pura y fuerte. El individuo es el corazón de la sociedad, el que conserva la esencia de la vida social; la sociedad, los pulmones que distribuyen el elemento para mantener la esencia de la vida —es decir, al individuo— puro y fuerte.

[...] El anarquismo es el gran liberador del hombre de los fantasmas que lo han tenido cautivo; es el árbitro y el pacificador de las dos fuerzas con las que se obtiene la armonía individual y social. Para conseguir esa unidad, el anarquismo le ha declarado la guerra a las influencias perniciosas que hasta ahora han impedido la unión armoniosa de los instintos individuales y los sociales, del individuo y la sociedad.

La Religión, el dominio de la mente humana; la Propiedad, el dominio de las necesidades humanas; y el Gobierno, el dominio de la conducta humana, representan el baluarte de la esclavitud del hombre y todos los horrores que acarrea. ¡La Religión! ¡Cómo domina la mente del hombre, cómo humilla y degrada su alma! Dios lo es todo, el hombre no es nada, dice la religión. Pero de esa nada Dios ha creado un reino tan déspota, tan tirano, tan cruel, tan terriblemente severo que desde que los dioses aparecieron lo único que ha guiado al mundo ha sido tristeza, lágrimas y sangre. El Anarquismo anima al hombre a rebelarse contra ese horrible monstruo. Rompe tus cadenas mentales, le dice el Anarquismo al hombre, pues hasta que no pienses y juzgues por ti mismo no serás liberado del dominio de la oscuridad, el mayor obstáculo para cualquier progreso.

La Propiedad, el dominio de las necesidades del hombre, la negación del derecho a satisfacer sus necesidades. Hubo un tiempo en el que la propiedad reclamaba un derecho divino, dirigiéndose al hombre con el mismo estribillo que la religión, «¡Sacrificate! ¡Renuncia! ¡Sométete!» El espíritu del Anarquismo ha levantado al hombre de esa posición postrada. Ahora anda erguido, con la cabeza bien alta. Ha aprendido a ver la naturaleza insaciable, devoradora, devastadora de la propiedad, y se está preparando para golpear a ese monstruo hasta la muerte.

[...] De la misma manera en que la religión ha puesto trabas a la mente humana, y en que la propiedad, o el monopolio de las cosas, ha sometido y sofocado las necesidades humanas, el Estado ha esclavizado su espíritu, dictando cada fase de su conducta. «En su esencia», dice Emerson, «todo gobierno es tiranía». No importa si se trata de un gobierno por derecho divino o por decisión de una mayoría. En cada una de sus formas su objetivo es la subordinación absoluta del individuo.

[...] Lo que realmente significa el Anarquismo, pues, es la liberación de la mente humana del dominio de la religión; la liberación del cuerpo humano del dominio de la propiedad; la liberación de las cadenas y de las restricciones del gobierno. El Anarquismo defiende un orden social basado en la asociación libre de individuos con el propósito de producir riqueza social real; un orden que garantice a cada ser humano el acceso libre a la tierra y el disfrute total de las necesidades vitales, según sean los deseos, gustos e inclinaciones de cada individuo.



No se trata de una quimera absurda, o de una aberración mental. Es la conclusión a la que han llegado muchísimos hombres y mujeres intelectuales de todo el mundo; una conclusión que resulta de la observación minuciosa y atenta de las tendencias de la sociedad moderna: la libertad individual y la igualdad económica, las dos fuerzas inseparables que conducen a que nazca lo que es bello y verdadero en el hombre.

En cuanto a los métodos. El Anarquismo no es, como muchos pueden suponer, una teoría del futuro que se hará realidad por inspiración divina. Es una fuerza viva en nuestros asuntos cotidianos, que crea constantemente nuevas condiciones de vida. Por lo tanto, los métodos del Anarquismo no consisten en un programa riguroso que debe llevarse a cabo bajo cualquier circunstancia. Los métodos deben surgir de las necesidades económicas de cada lugar y de cada región, y de las necesidades intelectuales y temperamentales de cada individuo. El carácter sereno y tranquilo de un Tolstói requerirá métodos diferentes para la reconstrucción social que la personalidad intensa y desbordante de un Mijaíl Bakunin o de un Piotr Kropotkin. Del mismo modo, es evidente que las necesidades económicas y políticas de Rusia demandarán medidas más drásticas que las que puedan surgir en Inglaterra o en América. El Anarquismo no defiende la instrucción militar y la uniformidad; defiende, en cambio, el espíritu de la rebelión, en cualquiera de sus formas, contra todo lo que impida el crecimiento humano. Todos los anarquistas están de acuerdo en eso, así como en el rechazo a la maquinaria política como medio de lograr el gran cambio social.

LAS MINORÍAS CONTRA LAS MAYORÍAS

[...] El pecado más imperdonable en esta sociedad es el pensamiento independiente. Que esto sea tan absolutamente evidente en un país [Estados Unidos] cuyo símbolo es la democracia dice mucho del tremendo poder de la mayoría.

[...] Hoy, [...] la opinión pública es el tirano omnipresente; hoy, [...] la mayoría representa a una masa de cobardes deseosos de aceptar a aquel que refleje su propia pobreza de alma y de mente. Eso es lo que explica el auge sin precedentes de un hombre como [Theodore] Roosevelt. Ese hombre representa al peor elemento de la psicología de las masas. Como político, sabe perfectamente que a la mayoría le importa muy poco los ideales o la integridad. Lo que la gente adora es el exceso. No importa si es en una exhibición canina, en un torneo de lucha, en el linchamiento a un negro, en el acorralamiento a cualquier pequeño delincuente, en la exhibición de la boda de una heredera, o en las proezas acrobáticas de un ex presidente. Cuanto más monstruosas sean las contorsiones mentales, mayor será el deleite y los vítores de la masa. Es así como, falto de ideales y con esa pobreza de espíritu, Roosevelt continúa siendo el hombre del momento.

Por otra parte, los hombres que sobresalen entre esos pigmeos políticos, hombres educados, cultos y capaces, son insultados y condenados al silencio como si fueran sospechosamente refinados. Es absurdo reivindicar que la nuestra sea la era del individualismo. Es simplemente una repetición si cabe más intensa de ese fenó-



meno recurrente en la historia: cualquier esfuerzo para obtener el progreso, la cultura, la ciencia, la libertad religiosa, política y económica emana de la minoría, y no de las masas. Hoy, como siempre, las minorías no son entendidas: son perseguidas, encarceladas, torturadas y asesinadas.

[...] No es porque yo no me sienta cercana a los oprimidos, a los desheredados de la tierra, ni porque no conozca la vergüenza, el horror, la indignidad de las vidas de mucha gente por lo que repudio para siempre a la mayoría como fuerza creadora. ¡Oh no, no! Es porque sé muy bien que como masa compacta nunca ha defendido la justicia o la igualdad. Ha suprimido la voz humana, ha sometido el espíritu humano, ha encadenado el cuerpo humano. Como masa, su objetivo ha sido siempre hacer la vida uniforme, gris y monótona como el desierto. Como masa, siempre será la aniquiladora de la individualidad, de la libre iniciativa, de la originalidad. Por lo tanto pienso, como Emerson, que «las masas son brutas, débiles, peligrosas en sus demandas e influencia, y no necesitan ser halagadas, sino educadas. Yo no deseo concederles nada, sino perforarlas, dividir las y romperlas, para de ahí sacar individuos. ¡Masas! Son una calamidad. No deseo ningún tipo de masas, sino tan sólo hombres honestos, tan sólo mujeres encantadoras, dulces y realizadas».

En otras palabras, el verdadero bienestar social y económico se hará realidad sólo con el empeño, el coraje y la determinación no comprometedoras de las minorías inteligentes, no con las masas.

LA PSICOLOGÍA DE LA VIOLENCIA POLÍTICA

Analizar la psicología de la violencia política no es tan sólo extremadamente difícil, sino también muy peligroso. Si tales actos son tratados con comprensión, una es acusada inmediatamente de estar elogiándolos. Si, por otra parte, se expresa compasión humana con el que comete el atentado, se arriesga a ser considerada posible cómplice. Sin embargo, son sólo la inteligencia y la compasión las que nos pueden acercar al origen del sufrimiento humano, así como enseñarnos la salida definitiva de ese túnel.

[...] La masa ignorante considera al hombre que comete una protesta violenta contra nuestras desigualdades sociales y económicas como una bestia salvaje, un monstruo cruel y sin corazón cuya única satisfacción es destruir la vida y bañarse en sangre; o en el mejor de los casos lo considera un lunático irresponsable. Sin embargo, no hay nada más lejos de la verdad. De hecho, los que han estudiado el carácter y la personalidad de estos hombres, o los que han estado en contacto directo con ellos, están de acuerdo en que es su extrema sensibilidad a la injusticia que les rodea la que les empuja a pagar el peaje de nuestros crímenes sociales. Al debatir la psicología de los delincuentes políticos, los escritores y poetas más célebres les han rendido los mayores homenajes. ¿Por esto podríamos asumir que estaban advocating la violencia, o incluso dando su aprobación a esos actos? Ciertamente no. La suya era la actitud del estudiante social, del hombre que sabe que tras cada acto violento se esconde una causa vital.

[...] Más que cualquier otra teoría social, el Anarquismo valora la vida humana por encima de todas las cosas. Todos los Anarquistas están de acuerdo con Tolstói en esta verdad fundamental: si la producción de cualquier artículo de mercado necesita el sacrificio de una vida humana, la sociedad debería apañárselas sin ese artículo, pero jamás sin esa vida. Sin embargo, eso de ninguna manera debe ser entendido como que el Anarquismo enseña la sumisión. ¿Cómo podría hacerlo, cuando sabe que todo el sufrimiento, toda la miseria, todos los males surgen de la desgracia de la sumisión?

¿No hay un antepasado americano que dijo, hace muchos años, que la resistencia a la tiranía es obediencia a Dios? Y eso que ni siquiera era Anarquista. Yo diría que la resistencia a la tiranía es el mayor ideal del hombre. Mientras siga existiendo la tiranía, en cualquiera de sus formas, la mayor aspiración del hombre debe ser resistirse a ella; es algo tan obvio como que debemos respirar.

Comparados con la violencia al por mayor ejercida por el capital y los gobiernos, los actos de violencia política no son sino gotas en el océano. Que haya tan pocas personas que resisten es la muestra más clara de lo terrible que debe ser el conflicto entre sus almas y las insoportables desigualdades sociales. [...].

LAS PRISIONES: CRIMEN Y FRACASO SOCIAL

[...] Con todas esas reformas de las que nos vanagloriamos, nuestros grandes cambios sociales y nuestros descubrimientos de gran alcance, los seres humanos continúan siendo enviados al peor de los infiernos, donde son ultrajados, degradados y torturados para que la sociedad se sienta «protegida» de los fantasmas que ella misma ha creado.

¿Es acaso la prisión una protección social? ¿Qué monstruosa mente pudo haber concebido tal idea? De la misma manera podríamos decir entonces que la salud de un enfermo podría mejorar difundiendo un contagio.

[...] ¿Cuál es, sin embargo, la base real del castigo? La noción del libre albedrío, la idea de que el hombre es en todo momento libre para hacer el bien o el mal; si escoge hacer el mal, debe pagar un precio por ello. Aunque esta teoría ha sido refutada y desechada desde hace tiempo, continúa siendo aplicada a diario por la maquinaria del gobierno, que se convierte en el torturador más cruel y brutal de la vida humana. La única razón que explica su continuidad es la noción, aun más cruel, de que mientras más terror infunda el castigo mejor será su efecto preventivo.

La sociedad está usando los métodos más drásticos para enfrentarse al delincuente social. Sin embargo, ¿por qué no consigue disuadirlos? Aunque en América se supone que cualquier persona es inocente hasta que se demuestre que es culpable, los instrumentos de la ley, la policía, ejercen un reino de terror, llevando a cabo arrestos indiscriminados, golpeando, aporreando, intimidando a las personas, utilizando el cruel método del «tercer grado», sometiendo a sus desafortunadas víctimas al ambiente sucio de las comisarías y al lenguaje aún más sucio de sus guardianes. Pero los crímenes continúan multiplicándose sin parar, y la sociedad está pagando su precio por ello. Por otra parte, es un secreto a voces que cuando al desafortunado



ciudadano se le aplica toda la «clemencia» de la ley, y por el bien de la seguridad es encerrado en el peor de los infiernos, es cuando comienza su verdadero calvario. Desprovisto de sus derechos como ser humano, degradado a ser un simple autómatas sin voluntad o sentimientos, dependiendo por completo de la compasión de sus crueles guardianes, vive diariamente un proceso de deshumanización tal que la venganza más salvaje no sería sino un juego de niños comparado con él.

No hay una sola institución penal o reformatorio en los Estados Unidos donde no existan torturas para que los individuos «mejoren su conducta» a través de la porra, el garrote, la camisa de fuerza, la cura de agua⁹, el «pájaro colibrí»¹⁰, la incomunicación, el ruedo, o la dieta de inanición. En estas instituciones se quiebra su voluntad, se degrada su alma, se doblega su espíritu debido a la tediosa monotonía y rutina de la vida carcelaria. Estos horrores se han vuelto tan flagrantes en Ohio, Illinois, Pennsylvania, Missouri y los estados del Sur que ya se conocen en el mundo exterior, y mientras, en la mayor parte de las otras prisiones, todavía prevalecen los mismos métodos cristianos. Pero los muros de las prisiones rara vez permiten que se escapen los gritos de agonía de las víctimas —los muros de las prisiones son anchos, amortiguan el sonido. La sociedad debería abolir de una vez todas las prisiones, en lugar de esperar protección de estas cámaras del horror del siglo xx. [...].

EL PATRIOTISMO: UNA AMENAZA A LA LIBERTAD

[...] El terrible despilfarro que necesita el patriotismo debería ser motivo suficiente para que cualquier hombre con una inteligencia media se curara de esta enfermedad. Sin embargo, el patriotismo demanda todavía más. A la gente se le pide que sea patriótica, y por ese lujo tiene que pagar no sólo apoyando a sus «defensores», sino incluso sacrificando a sus propios hijos. El patriotismo exige lealtad a la bandera, lo que se traduce en obediencia y disposición para matar a tu padre, tu madre, tu hermano o tu hermana.

El argumento más común es que necesitamos un ejército fuerte para proteger al país de la invasión extranjera. Cualquier hombre o mujer inteligente sabe, sin embargo, que eso es un mito que se mantiene para atemorizar y coaccionar a los necios. Los gobiernos del mundo, que conocen los intereses de cada uno, no se invaden. Han aprendido que pueden sacar más beneficios con el arbitraje internacional en los conflictos que con guerras y conquistas. En efecto, como dijo Carlyle: «La guerra es una pelea entre dos ladrones que son demasiado cobardes para luchar en su propia batalla; por eso sacan a muchachos de dos pueblos distintos, los meten

⁹ Del inglés *water cure*, un tipo de tortura que consiste en obligar a la víctima a beber grandes cantidades de agua.

¹⁰ Artefacto eléctrico cuyas descargas van corriendo por todo el cuerpo de la persona torturada.

dentro de un uniforme, les entregan un arma y los sueltan como a bestias salvajes para que peleen entre ellos».

No se necesita ser muy sabio para descubrir que todas las guerras se deben a una causa parecida. Tomemos como ejemplo nuestra guerra contra España, supuestamente un suceso grandioso y patriótico en la historia de los Estados Unidos. ¡Cómo ardieron nuestros corazones con indignación contra aquellos atroces españoles! Pero hay que reconocerlo, nuestra indignación no surgió de una manera espontánea. Fue alimentada durante meses de manipulación periodística, y mucho tiempo después de que el carnicero Weyler hubiese asesinado a muchos cubanos nobles y hubiese violado a muchas cubanas. No obstante, para hacer justicia a la nación americana debemos decir que efectivamente esta nación se indignó, se mostró dispuesta a luchar y luchó con valentía. Pero una vez que el humo se disipó, los muertos fueron enterrados y el pueblo comenzó a pagar el precio de la guerra al aumentar el valor de los productos básicos y las rentas —es decir, cuando se nos pasó la embriaguez de la gran juerga patriótica fue cuando, de repente, caímos en la cuenta de que la causa de la guerra contra España había sido el precio del azúcar; o, para ser más explícitos, que las vidas, la sangre y el dinero del pueblo americano fueron malgastados para proteger los intereses de los capitalistas americanos, quienes se habían visto amenazados por el gobierno español. Esto no es una exageración; está basado en datos y cifras irrevocables, y queda demostrado por la actitud del gobierno americano hacia los obreros cubanos. Una vez que Cuba estuvo asegurada, ya en las garras de los Estados Unidos, los mismos soldados que habían sido enviados a liberar Cuba recibieron la orden de disparar contra los trabajadores cubanos durante la gran huelga de las cigarrerías, la cual se declaró muy poco después de la guerra.

[...] El argumento de que un ejército fuerte es la mejor garantía de paz es casi tan lógico como el de que el ciudadano más pacífico es el que va armado. La experiencia del día a día demuestra sobradamente que el individuo que va armado está constantemente deseando probar su fuerza. Exactamente lo mismo que ocurre históricamente con los gobiernos. Los países que son realmente pacíficos no malgastan vidas y energía en preparativos de guerra, y el resultado es que la paz se mantiene.

[...] Nosotros, los americanos, afirmamos ser un pueblo que ama la paz. Rechazamos cualquier derramamiento de sangre; nos oponemos a la violencia. Sin embargo, nos entran arrebatos de alegría ante la posibilidad de lanzar bombas de dinamita desde aparatos voladores sobre ciudadanos indefensos. Estamos dispuestos a ahorcar, electrocutar o linchar a cualquier persona que, por necesidades económicas, arriesga su propia vida en el intento de acabar con la de algún magnate industrial. Sin embargo, nuestros corazones se hinchan de orgullo tan sólo de pensar que América se está convirtiendo en la nación más poderosa del planeta y que con el tiempo pisoteará con su pie de hierro a las demás naciones.

Ésa es la lógica del patriotismo.

Y las terribles consecuencias que el patriotismo acarrea al hombre medio no son nada si las comparamos con el insulto y la injuria que suponen para el propio soldado —esa pobre y engañada víctima de la superstición y la ignorancia. El supuesto salvador de su país, el protector de su nación —¿qué tiene el patriotismo



guardado para él? Pues una vida de sumisión servil, vicio y perversión en tiempos de paz; y una vida de peligro, abandono y muerte en tiempos de guerra. [...].

LA HIPOCRESÍA DEL PURITANISMO

El Puritanismo, con su perversión en lo que concierne al significado y a las funciones del cuerpo humano, especialmente en lo que se refiere a la mujer, la ha condenado al celibato, a la reproducción indiscriminada de una raza enferma, o a la prostitución. La importancia de este crimen contra la humanidad queda clara cuando analizamos los resultados. A la mujer que no está casada se le impone la absoluta continencia sexual, bajo la amenaza de ser acusada de inmoral o de perdida, y esto a su vez le produce neurastenia, impotencia, depresión y una amplia variedad de problemas nerviosos que concluyen en la disminución de su capacidad de trabajo, en un disfrute limitado de la vida, en insomnio, y en preocupaciones causadas por sus deseos y fantasías sexuales. La obligación arbitraria y perniciosa de la continencia sexual explica también, probablemente, la desigualdad mental entre los sexos. Freud, por ejemplo, cree que la inferioridad intelectual de tantas mujeres se debe a la inhibición de su pensamiento, impuesta a través de la represión sexual. Por otra parte, habiendo suprimido los deseos sexuales naturales de las mujeres solteras, el Puritanismo bendice a sus hermanas casadas por su fertilidad no contenida en el matrimonio. En realidad, no es tanto que las bendiga, sino que más bien fuerza a las mujeres, sobresexuadas por la represión previa, a tener niños, sin tener en cuenta si su constitución física es frágil o si no tienen posibilidades económicas para mantener a una familia numerosa. La prevención del embarazo, aunque se lleve a cabo con métodos científicos y seguros, está totalmente prohibida; más aún, la sola mención del tema es considerada un delito.

Gracias a esta tiranía del Puritanismo, la mayoría de las mujeres se encuentra desde que son aún jóvenes en los límites de sus capacidades físicas. Enfermas y agotadas, son completamente incapaces de dar a sus hijos los cuidados más elementales. Eso, añadido a las presiones económicas, fuerza a muchas mujeres a arriesgarse hasta el extremo, antes que continuar trayendo niños al mundo. La práctica del aborto ha alcanzado unas proporciones tan grandes en América que las cifras resultan casi increíbles. Según las investigaciones más recientes al respecto, de cada cien embarazos, diecisiete acaban en aborto. Este porcentaje estremecedor representa sólo aquellos casos que llegan a ser conocidos por los médicos. Considerando el secretismo en que necesariamente se ven envueltas estas prácticas, y sus consecuentes ineficacias y negligencias profesionales, el Puritanismo conduce continuamente a miles de víctimas a ser un claro reflejo de su propia estupidez e hipocresía.

La prostitución, aunque esté perseguida y condenada, es sin embargo el mayor triunfo del Puritanismo. Es su criatura más querida, a pesar de toda su mojigatería hipócrita. La prostituta es la furia de nuestro siglo, llevándose por delante a los países «civilizados» como si fuera un huracán, y dejando un rastro de enfermedad y desastre. El único remedio que el Puritanismo ofrece a este niño mal engendrado es una mayor represión y una persecución sin piedad. [...].



Esa capacidad casi ilimitada que tiene el Puritanismo para hacer daño se debe a su atrincheramiento tras el Estado y la ley. Con el pretexto de salvaguardar al pueblo contra la «inmoralidad», ha impregnado la maquinaria del gobierno, añadiendo a su usurpación de la protección moral la censura legal de nuestras opiniones, de nuestros sentimientos, e incluso de nuestra conducta. [...].

EL TRÁFICO DE MUJERES

[...] ¿Cuál es realmente la causa de la trata de blancas? Y no sólo de blancas, sino también de mujeres amarillas y negras. Obviamente es la explotación; ese Moloc sin piedad del capitalismo que se ceba con el trabajo mal pagado, conduciendo así a miles de mujeres y niñas hacia la prostitución. [...].

No existe ningún lugar en el que se considere a la mujer por el mérito de su trabajo; siempre se la considera por su condición sexual. Es por lo tanto casi inevitable pensar que debería pagar por su derecho a existir, o por mantener su posición en cualquier puesto, con favores sexuales. Así pues, que decida venderse tan sólo a un hombre, dentro o fuera del matrimonio, o a muchos hombres, se convierte en una cuestión de grados. Lo admitan o no nuestros reformistas, la inferioridad económica y social de la mujer es la responsable de la prostitución.

En este preciso momento las personas de buena fe están escandalizadas por el descubrimiento de que tan sólo en la ciudad de Nueva York una de cada diez mujeres trabaja en una fábrica, de que el sueldo medio que perciben las mujeres es de seis dólares a la semana por trabajar de cuarenta y ocho a sesenta horas, y de que la mayoría de las trabajadoras asalariadas se enfrenta a muchos meses de desempleo, lo que convierte el salario medio en unos 280 dólares al año. A la vista de estas injusticias económicas, ¿sorprende a alguien que la prostitución y la trata de blancas se hayan convertido en factores económicos tan dominantes?

[...] Es un hecho reconocido que la mujer es educada como una mercancía sexual, a pesar de lo cual se la mantiene en una absoluta ignorancia acerca del significado y la importancia del sexo. Cualquier cosa que tenga que ver con ese tema se le esconde, y a quienes intentan llevar la luz a esa terrible oscuridad se les persigue y se les encierra en prisión. Sin embargo, mientras una niña siga sin saber cómo debe cuidar de sí misma, y cuál es la función de la parte más importante de su vida, no debería sorprendernos que se convierta en presa fácil de la prostitución, o de cualquier otra relación que la degrade a ser tratada como un objeto para la mera gratificación sexual.

[...] Para los moralistas la prostitución no consiste tanto en el hecho de que la mujer venda su cuerpo, sino más bien de que lo venda fuera del matrimonio. Ésta no es una afirmación a la ligera, pues lo prueba el hecho de que el matrimonio por conveniencia está perfectamente legitimado y santificado por la ley y la opinión pública, mientras que cualquier otro tipo de unión es condenada y repudiada. [...].

La sociedad considera las experiencias sexuales de un hombre como atributos de su desarrollo general, mientras que experiencias similares en la vida de una mujer son juzgadas como una terrible calamidad, la pérdida de su honor y de todo



lo que es bueno y noble en un ser humano. Esta doble moral ha jugado un papel bastante importante en la creación y perpetuación de la prostitución. Tiene que ver con mantener a las jóvenes en la más absoluta ignorancia acerca de las cuestiones sexuales; y esa presunta «inocencia», junto con una naturaleza sexual sobreexcitada y contenida, ayuda a provocar las situaciones que nuestros Puritanos se esfuerzan tanto en evitar o prevenir.

No es que la gratificación sexual conduzca necesariamente a la prostitución; es la persecución cruel y sin piedad de aquellos que se atreven a desviarse del camino la que acaba siendo la mayor responsable.

[...] Igualmente exagerada es la creencia de que la mayoría de las mujeres de la calle en esta ciudad ya estaban metidas en el negocio antes de emigrar a América. La mayor parte de las chicas hablan un inglés excelente, y están americanizadas tanto en sus costumbres como en su apariencia física —algo totalmente imposible a menos que lleven viviendo en este país muchos años. Es decir, fueron arrastradas a la prostitución debido a las condiciones de vida de este país, a esa costumbre tan americana de exhibir ropa y atuendos hasta el exceso, algo para lo que, por supuesto, precisan de dinero —dinero que no se gana en los talleres y en las fábricas.

En otras palabras, no hay ninguna razón para creer que los hombres se arriesgarían a pagar por productos extranjeros, cuando las condiciones de vida americanas hacen que el mercado esté repleto de miles de mujeres. [...].

EL SUFRAGIO FEMENINO

[...] Se puede decir que es porque la mujer reconoce el terrible peaje que debe pagar a la Iglesia, al Estado y al hogar, por lo que quiere el sufragio para sentirse liberada. Eso podría ser verdad en pocos casos, pues la mayoría de las sufragistas rechazan totalmente esa blasfemia. Más bien al contrario, insisten constantemente en que es el sufragio femenino el que las convertirá en mejores cristianas y mejores amas de casa, en fieles ciudadanas del Estado. Por tanto el sufragio sería sólo un medio de reforzar la omnipotencia de los mismos dioses a los que la mujer ha servido desde tiempos inmemoriales.

¿Por qué debe extrañarnos, pues, que la mujer sea tan devota, tan entusiasta, al postrarse ante ese nuevo ídolo que es el sufragio femenino? Como ocurre desde hace tiempo, las mujeres soportan la persecución, la prisión, la tortura y cualquier forma de condena con una sonrisa en su rostro. Como ocurre desde hace tiempo, incluso las más cultas esperan un milagro de la nueva deidad del siglo XX, el sufragio. La vida, la felicidad, la alegría, la libertad, la independencia —todo eso y más va a brotar gracias al sufragio. Con esa devoción ciega la mujer no es capaz de ver lo que algunos intelectuales percibieron hace cincuenta años: que el sufragio es un mal, que sólo ha servido para esclavizar al pueblo, que sólo les ha cerrado los ojos para que no puedan ver con cuánta astucia se les obliga a someterse.

La demanda para que haya sufragio igualitario se basa fundamentalmente en la idea de que la mujer debe tener igualdad de derechos en todos los asuntos sociales. Nadie podría negar ese argumento, si el sufragio fuera un derecho. Pero ¡ay





de la ignorancia de la mente humana!, que ve como un derecho lo que es una imposición. ¿O acaso no es una de las más brutales imposiciones que un grupo de gente haga leyes que otro grupo se ve coaccionado por fuerza a obedecer? Sin embargo, la mujer reclama esa «oportunidad de oro» que ha producido tanta miseria en el mundo, despojando al hombre de su integridad y seguridad en sí mismo; una imposición que ha corrompido completamente a los pueblos, convirtiéndolos en simples presas en manos de políticos sin escrúpulos.

¡Pobre, estúpido, y libre ciudadano americano! Libre para morir de hambre, libre para convertirse en vagabundo y andar por las autopistas de este gran país; disfruta del sufragio universal, y con ese derecho ha forjado las cadenas que lo inmovilizan. La recompensa que recibe consiste en severas leyes laborales que prohíben el derecho al boicot, a los piquetes, a cualquier cosa que no sea el derecho a que te roben el fruto de tu trabajo. Sin embargo, todos estos resultados desastrosos de ese fetiche del siglo XX no han enseñado nada a las mujeres. Pero es que nos aseguran que la mujer va a purificar la política.

No hace falta que diga que no me opongo al sufragio femenino por pensar como muchos que la mujer no sea igual al hombre. No encuentro ninguna razón física, psicológica o mental por la que las mujeres no deban tener el mismo derecho a votar que los hombres. Pero eso no me va a cegar y hacer creer algo tan absurdo como que la mujer va a conseguir aquello que el hombre no ha podido conseguir. Aunque las mujeres no fueran a empeorar las cosas, ciertamente tampoco iban a mejorarlas. Asumir, por tanto, que la mujer lograría purificar algo que no es susceptible de ser purificado es atribuirle poderes sobrenaturales. Ya que la mayor desgracia de la mujer ha sido que sólo ha sido considerada como un ángel o como un demonio, su verdadera salvación estaría en que la situáramos en la tierra; es decir, en que fuera considerada un ser humano y, por tanto, sujeta a todos los disparates y errores humanos. ¿O es que vamos a creer que de dos errores sacaremos un acierto? ¿Vamos a asumir que el veneno ya inherente a la política va a disminuir por la entrada de las mujeres al terreno político? Ni las más enfervorecidas sufragistas serían capaces de defender ese disparate.

[...] La desgracia de la mujer no es que sea incapaz de hacer el trabajo de un hombre, sino que está perdiendo su fuerza vital en intentar aventajarlo, con una tradición de siglos que la ha dejado físicamente incapaz de alcanzarlo. Por supuesto que conozco a algunas que lo han logrado, pero a costa de mucho sacrificio, ¡de un gran sacrificio! Lo que importa no es el tipo de trabajo que haga una mujer, sino la calidad del trabajo que realice. Ella no le va a dar una calidad nueva al sufragio o a las urnas, ni va a recibir de ahí nada que mejore sus propias cualidades. Su desarrollo, su libertad, su independencia, deben emanar de sí misma. Primero, haciéndose valer como persona, y no como mercancía sexual. Segundo, rechazando que otras personas tengan derecho sobre su cuerpo; negándose a tener hijos si no es por su propia decisión, negándose a ser sierva de Dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, etc., haciendo su vida más simple pero más profunda y más rica. Es decir, intentando aprender el sentido y la sustancia de la vida en toda su complejidad, liberándose del miedo a la opinión pública y a la condena pública. Sólo eso, y no las urnas, liberará a la mujer, la convertirá en una fuerza hasta ahora

desconocida para el mundo, una fuerza de amor verdadero, de paz, de armonía; una fuerza de fuego divino, dadora de vida; una fuerza creadora de hombres y mujeres libres.

LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACIÓN FEMENINA

[...] La emancipación debería permitir a la mujer ser humana en el sentido real del término. Todo lo que en su interior anhela reivindicación y actividad debería alcanzar la mayor expresión; todas las barreras artificiales deberían ser derrumbadas, y el camino hacia una mayor libertad debería verse despejado de cualquier rastro dejado por siglos de sumisión y esclavitud.

Éste era el objetivo inicial del movimiento por la emancipación de la mujer. Pero los resultados conseguidos hasta el momento han aislado a la mujer y la han privado de las fuentes de esa felicidad que es tan esencial para ella. [...].

[...] A lo que tiene que enfrentarse la mujer ahora es a la necesidad de emanciparse de la emancipación, si es que verdaderamente desea ser libre. Esto puede parecer una paradoja y, sin embargo, es la pura verdad.

¿Qué ha logrado la mujer con la emancipación? El sufragio igualitario en algunos estados. ¿Eso ha purificado nuestra vida política, como predecían muchos de sus bienintencionados defensores? Ciertamente no. A propósito, ya es hora de que las personas que tengan un juicio honrado y razonado dejen de hablar sobre la corrupción política con ese tono de patio de colegio. La corrupción política no tiene nada que ver con la moral o el relajamiento de ésta por parte de los políticos. La causa de la corrupción es completamente material. La política es reflejo del mundo empresarial e industrial, cuyos lemas son: «recibir es mejor que dar»; «compra barato y vende caro»; «la mano manchada es la que limpia la otra mano». No hay esperanzas ni siquiera de que la mujer, con su derecho al voto, purifique jamás la política.

[...] Es cierto que el movimiento en defensa de los derechos de la mujer ha roto muchas viejas cadenas, pero también lo es que ha forjado algunas nuevas. El gran movimiento de la *verdadera* emancipación no ha contado con una gran raza de mujeres que pudieran mirar a la libertad directamente a la cara. Su visión estrecha y puritana desterró al hombre, al que consideraban un personaje molesto y sospechoso, de sus vidas afectivas. El hombre no iba a ser tolerado a ningún precio, a no ser como padre, ya que un niño no puede ser concebido sin un padre. Afortunadamente, las puritanas más rígidas nunca serán lo suficientemente fuertes como para matar el deseo innato de la maternidad. Pero la libertad de la mujer está estrechamente relacionada con la libertad del hombre, y muchas de mis supuestas hermanas emancipadas parecen olvidar que un niño nacido en libertad necesita el amor y dedicación de todos los seres humanos que lo rodean, tanto del hombre como de la mujer. Desgraciadamente, es esta concepción estrecha de las relaciones humanas la que ha provocado una gran tragedia en las vidas del hombre y la mujer modernos.

[...] La explicación de esta contradicción en la que viven muchas mujeres avanzadas ha de encontrarse en el hecho de que nunca llegaron a entender plena-

mente el significado de la emancipación. Pensaban que lo único que necesitaban era independencia de las tiranías externas; dejaron que los tiranos internos —los convencionalismos éticos y sociales—, que son más perjudiciales para la vida y el crecimiento, se cuidaran solos; y eso es lo que estos otros tiranos han hecho. Parecen vivir tan ricamente en las cabezas y los corazones de las defensoras más activas de la emancipación de la mujer, como lo hacen en las cabezas y los corazones de nuestras abuelas.

[...] La salvación depende de una enérgica marcha hacia adelante, hacia un futuro más brillante y claro. Necesitamos liberarnos de las viejas tradiciones y costumbres. El movimiento en defensa de la emancipación de la mujer ya ha dado el primer paso en esa dirección; es de esperar que reúna la fuerza suficiente para dar otro. El derecho al voto o la igualdad de derechos civiles pueden ser buenas demandas, pero la verdadera emancipación no comienza ni en las urnas ni en los juzgados. Comienza en el alma de la mujer. La historia nos enseña que toda clase oprimida obtuvo la liberación de sus amos a través de sus propios esfuerzos. Es necesario que la mujer se aprenda esa lección, que se dé cuenta de que su libertad llegará tan lejos como llegue su fuerza para conseguir esa libertad. Por tanto, es mucho más importante para ella comenzar su regeneración interior, descargarse del peso de los prejuicios, las tradiciones y las costumbres. Demandar igualdad de derechos en todos los aspectos de la vida es justo y razonable; pero, después de todo, el derecho más vital es el derecho a amar y ser amado. De hecho, si la emancipación parcial llega a ser una emancipación completa y verdadera, la mujer tendrá que desterrar esa ridícula idea de que ser amada, ser compañera y madre es sinónimo de ser esclava o subordinada. Tendrá que desterrar la absurda idea del dualismo de los sexos, o de que hombre y mujer representan dos mundos antagónicos.

MATRIMONIO Y AMOR

La creencia más común sobre el matrimonio y el amor es que son sinónimos, que surgen por los mismos motivos y que cubren las mismas necesidades humanas. Como la mayor parte de esas creencias, ésta no está basada en hechos probados, sino en la superstición.

El matrimonio y el amor no tienen nada en común: están tan alejados el uno del otro como los polos; de hecho, se repelen. Sin duda, algunos matrimonios han sido fruto del amor. Sin embargo, esto no ha ocurrido porque el amor pueda reafirmarse sólo a través del matrimonio; más bien es porque hay pocas personas que puedan saltarse por completo las convenciones. Hoy en día hay muchísimos hombres y mujeres para quienes el matrimonio no es más que una farsa, y sin embargo pasan por el aro por temor al qué dirán. De todas maneras, aunque es verdad que algunos matrimonios son fruto del amor, y aunque también es verdad que en algunos casos el amor sigue existiendo una vez casados, mi opinión es que esto ocurre a pesar del matrimonio, y no a causa del mismo.

Por otra parte, la idea de que el amor surge tras el matrimonio es completamente falsa. En muy raras ocasiones se puede escuchar algo tan milagroso como



que en una pareja casada surja el amor tras el matrimonio, pero si lo analizamos en profundidad podríamos decir que no es más que una simple adaptación a lo inevitable. Ciertamente, ese acostumbrarse a convivir con la otra persona se aleja bastante de la espontaneidad, la intensidad y la belleza del amor, elementos sin los cuales la intimidad de la vida marital debe ser algo degradante tanto para la mujer como para el hombre.

El matrimonio es fundamentalmente un acuerdo económico, un pacto de seguridad. La principal diferencia con los seguros de vida más comunes sería que el matrimonio es más vinculante, más exigente. Las ganancias son insignificantes comparadas con la inversión. Al firmar un contrato de seguros uno paga en dólares o centavos, pero siempre puede dejar de pagar las cuotas. Sin embargo, si el premio de la mujer es un marido, debe pagar con su nombre, su privacidad, su amor propio, su propia vida, «hasta que la muerte nos separe». Además, el seguro de matrimonio la condena a una dependencia de por vida, a convertirse en un parásito, en una completa inútil tanto a nivel personal como social. El hombre también debe pagar un peaje, pero como su esfera social es más amplia el matrimonio no lo limita tanto como a la mujer. Sus cadenas se hacen notar más en el terreno económico. [...].

[...] Es esa resignación servil a pensar que el hombre es superior la que ha mantenido la institución del matrimonio aparentemente intacta durante tanto tiempo. Ahora que la mujer ya está haciendo valer sus derechos, ahora que está tomando conciencia de sí misma como un ser que no depende de los favores de su amo, es cuando la institución del matrimonio va siendo gradualmente cuestionada, y ningún tipo de disculpa sentimental podrá parar lo que está ocurriendo.

Lo más normal es decirle a las niñas desde la infancia que el matrimonio es su principal objetivo en la vida; por tanto, su educación va dirigida a conseguir ese objetivo. Se las prepara para el matrimonio igual que a los animales a los que se ceba para la matanza. Sin embargo, y aunque parezca extraño, lo que se les enseña sobre sus funciones como esposas y madres es mucho menos que lo que se le enseña a cualquier artesano sobre su oficio. Es indecente y sucio que una muchacha respetable sepa cualquier cosa sobre la vida marital. Ésa es la incongruencia de la respetabilidad, que necesita los votos matrimoniales para convertir algo supuestamente sucio en el acuerdo más puro y sagrado, en algo que nadie se atreve a criticar. Sin embargo, ésa es exactamente la actitud del defensor medio del matrimonio. A la futura esposa y madre se la mantiene en la más completa ignorancia sobre su único valor disponible en esa transacción: el sexo. Es así como entra en una relación para toda la vida con un hombre, sintiéndose asustada, sintiendo una repulsión desmedida por el más natural y saludable de los instintos: el sexo. Se puede decir con seguridad que un alto porcentaje de la infelicidad, la miseria, la angustia y el sufrimiento físico del matrimonio se debe a la ignorancia sobre las cuestiones sexuales, aunque ésta sea alabada como una virtud. Tampoco es una exageración decir que más de un hogar se ha roto por este hecho tan deplorable.

[...] Y esa idea de que protege a la mujer —ésa es la mayor calamidad del matrimonio. Por supuesto que no la protege, pero es que además la idea es tan repugnante, tan escandalosa e insultante, degrada tanto la dignidad humana de la mujer, que sólo nos debe conducir a condenar para siempre a esa institución parásita.



Es como ese otro acuerdo paternalista, el capitalismo. Despoja al hombre de todos sus derechos, impide su desarrollo, envenena su cuerpo, lo mantiene en la más completa ignorancia, lo hace pobre y dependiente, y luego organiza instituciones caritativas que prosperan haciendo perder al hombre su último vestigio de amor propio.

La institución del matrimonio convierte a la mujer en un parásito, en un ser totalmente dependiente. La incapacita para luchar por su propia vida, aniquila su conciencia social y paraliza su imaginación, para después imponer su piadosa protección, que en realidad es una trampa, una parodia de la naturaleza humana.

Isabel GONZÁLEZ DÍAZ
Centro de estudios de la mujer
Universidad de La Laguna

